

Elecciones en el Perú (2011): entre el continuismo y la construcción de una sola nación

El Perú se encuentra ante una de las encrucijadas más trascendentales de su historia. Después de una década de crecimiento económico sostenido y sin precedentes históricos y tras un notable avance de sus políticas sociales, está en la mano de sus ciudadanos elegir entre dos candidatos que por razones muy distintas no comulgan con la etapa precedente. Un futuro mejor para todos está en juego; depende, eso sí, de quien salga elegido, a qué se comprometa y hacia dónde mire: al futuro abierto o a las nostalgias de un pasado que nunca fue mejor.

Años de bonanza, prosperidad económica y creciente bienestar social

Ciro Alegría (1909-1967), José María Arguedas (1911-1967) y el nobel Mario Vargas Llosa, maestros peruanos de la literatura del siglo XX, describen en sus novelas al menos tres Perús: el andino, el amazónico-selvático y el costeño. Tres Perús o quizás más en uno. Los casi doscientos años de independencia y progreso de la República peruana no han sido suficientes como para integrarlos; separados y confinados a

espacios y territorios propios siguen no sólo alejados sino sutilmente distantes y hasta independientes.

Si alguna de las republicanas latinoamericanas encarna la tornadiza historia de un continente en perpetua minoría de edad, ésta es la peruana. Nada bueno, dentro de este contexto, presagiaba el cambio de siglo. La dictadura fujimorista-montesina y su populismo más atroz e interesado parecían condenar al pueblo peruano a una larga cadena perpetua. Algunas medidas económicas durante el gobierno de Fujimori, pero sobre todo la victoria de Alejandro Toledo y el impulso económico que supo insuflar en el sector minero, la política de orden público y de máxima seguridad nacional, la bonanza de la coyuntura económica internacional y la reorientación exportadora de materias primas a China y otros países del Oriente, prepararon y asentaron las bases del actual crecimiento económico peruano; crecimiento que, pese a la recesión mundial, se ha ido consolidando a un ritmo anual de un 7 por ciento y ha explotado durante la etapa del gobierno del hasta ahora presidente Alan García.

Los grandes impulsores del crecimiento económico y del aumento del bienestar social fueron las administraciones de Alejandro Toledo y del segundo gobierno de Alan García. Desde un principio, desoyendo el canto de sirenas de una Venezuela cada vez más empobrecida y con crecientes niveles de inflación y de inseguridad ciudadana, Toledo y García se decantaron por un rechazo explícito al modelo nacionalista, que más adelante, siempre inspirándose en Venezuela, llevarán adelante sus vecinas Bolivia y Ecuador. Apostaron ambos por una agenda reformista y liberalizadora y en la medida de lo posible aplicaron principios rigurosos a las cuentas y a la hacienda nacional. Llevaron a término ambiciosas reformas en áreas como el registro de la propiedad, la modernización del Estado, la política fiscal y comercial. Acercándose al comportamiento de su vecina Chile y alejándose cada vez más de la deriva venezolana, García logró firmar acuerdos comerciales internacionales que acabaron poniendo en el mapa del comercio internacional al lejano y casi desconocido Perú. Perú se convertía en una nueva tierra de promisión en la que traía cuenta invertir. Estas y otras medidas dieron lugar a una saneada base macroeconómica, imprescindible para generar y apuntalar un sostenido crecimiento interno, decisiva para hacer frente a la crisis financiera internacional de 2008, a la que Perú respondió con un crecimiento inimaginado años antes. Si la tasa media de crecimiento del PIB peruano entre 2001 y

Elecciones en el Perú (2011)

2006 fue de un 6,8 por ciento, la de 2008 alcanzó un 9,8 por ciento. La minería, sector clave en la fase de despegue de la economía peruana, ha sido y seguirá siendo capital. Perú, no lo olvidemos, es el primer productor mundial de plata, el segundo de cinc, el tercero de cobre y estaño, el cuarto de plomo y el sexto de oro; sin olvidar que sus reservas de petróleo y gas son grandes. El 61 por ciento de sus exportaciones corresponden al sector minero, verdadero *monocultivo*, del que se ha beneficiado de manera particular China, su mejor socio, y algunos países latinoamericanos

Aunque la bonanza económica no ha favorecido, evidentemente, a todos los grupos y clases sociales por igual —los tres Perús a los que aludíamos al comienzo se siguen manteniendo en pie—, la tasa de pobreza ha descendido entre 2005 y 2009 del 48,7 por ciento de la población al 34,8 y la extrema pobreza del 17,4 al 11,5, y lo que es más importante, la malnutrición infantil, la alfabetización, el acceso al agua potable y al saneamiento han sido frenados. En los barrios colindantes de la gran Lima, en los populares «pueblos jóvenes», parece estar naciendo una incipiente clase media urbana, que como tal está levantando imponentes centros comerciales de consumo masivo como el magnético Megaplaza. Algo impensable cuando en 1992 el ingreso per cápita peruano era un 60 por ciento menos que el de 1981; una quimera cuando 5.040 personas murieron víctimas de sendas epidemias de cólera en 1991 y 2000. Con todo, falta mucho por universalizar y redistribuir la actual y potencial riqueza del Perú.

Pero el pueblo peruano deja fuera del gobierno a los causantes de su bienestar económico

Un país es tanto más soberano cuanto la distribución de su riqueza alcanza a todos sus miembros y rincones; entonces es cuando las fronteras interiores —culturales, étnicas, religiosas e históricas— saltan por los aires; entonces es cuando, finalmente, los ideales de los llamados padres de la patria se hacen realidad. Aplicado al caso que nos ocupa, tal vez el Perú se encuentre ante un horizonte en el que la integración e interdependencia de los Perús interiores puedan lograrse.

De todas las maneras el conocido índice Gini, que mide la desigualdad entre ingresos y nivel de consumo, siendo el cero la perfecta igualdad y el estado en el que todos alcanzan los mismos ingresos y el uno el

estado de la perfecta desigualdad, ha experimentado una relativa mejoría, en 2004 era un 0,5250, en el 2009 un 0,469, lejos del Gini español en 2009 que rozaba el 0,347 y mucho mejor que los del Brasil, 0,590, y Chile, 0,520. Pese a su reducción, los niveles de desigualdad entre los que más y menos ingresos tienen en el Perú siguen siendo considerables y están muy lejos de las expectativas de las clases populares, muy especialmente de los grupos del interior, Sierra y Amazonía.

Tal vez haya sido esta no del todo progresiva disminución de la desigualdad una de las claves para explicarnos la derrota de quienes apoyaban sus candidaturas a las presidenciales del 2011 —Pedro Pablo Kuczynski y su coalición Alianza para el Gran Cambio, el expresidente Alejandro Toledo y el exalcalde de Lina, Luis Castañeda, y su plataforma Solidaridad Nacional —en clave de continuidad, continuidad económica se entiende, y no de lucha contra la desigualdad—. El que más de un 55 por ciento del censo electoral haya dicho no a los representantes del éxito económico, además de ser una muestra de la compleja estructura social peruana, es como un grito de los que quieren un mejor nivel de oportunidades y de los que consideran que la riqueza nacional, especialmente la minera, pertenece y es de todos los peruanos y no sólo de los empresarios y de sus aliados políticos. Las victorias en la primera vuelta de las elecciones presidenciales del exmilitar Ollanta Humala con un 31,68 por ciento de los votos y de la hija del todavía condenado expresidente Alberto Fujimori, Keiko Fujimori, con un nada despreciable 23,55 por ciento, son una clara muestra de la alteridad en la continuidad democrática peruana.

¿Cabe hacer de estos resultados lectura parecida a la que se hizo de la derrota en la segunda vuelta de las elecciones de 1990 de un declarado liberal y de un peruano de pro como era y es el noble Vargas Llosa frente al inmigrante de origen japonés Alberto Fujimori? ¿O más bien conviene que tratemos de explicar lo que ha pasado desde una óptica distinta y más cercana a la actualidad? Sin entrar en los meandros de la política interior peruana y en la garganta profunda de su administración, ahora denunciados por el excandidato Vargas Llosa, puede que entre la derrota del autor de *La guerra del fin del mundo* y la derrota ahora de los representantes del orden limeño y de los intereses de la costa haya alguna coincidencia: un nuevo populismo más nacionalista e indigenista y andino en la onda del socialismo propugnado por los países miembros de ALBA (Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América),

puede que sea una de las claves por la que los peruanos hayan votado de manera mayoritaria por quien en Occidente hace tan sólo unos meses no era más que un seguro perdedor; o tal vez, más en clave peruana, lo que haya pasado y esté pasando es que la sociedad peruana, los tres Perús de los que hablábamos al comienzo, desapruebe no el boom económico de los dos últimos dos gobiernos, sino el insuficiente reparto de la nueva riqueza y no esté dispuesta a colaborar con una política marcadamente liberal en la que no se siente representada ni tampoco protagonista.

Muy distintas son las razones por las que han salido adelante la candidatura de Keiko Fujimori y su Fuerza 2001. Más que la pobreza y la falta de oportunidades, más que el sentimiento de pertenencia a uno de los tres Perús, lo que ha devuelto a la actualidad a los Fujimori, a su heredera natural Keiko, ha sido la suma de factores como el reclamo a las políticas de orden público y mano dura con desprecio olímpico a los derechos humanos, la apelación y vuelta al tradicional populismo peruano llevado a la perfección por su padre y por ella misma durante la última legislatura, la querencia por la corrupción consentida y hasta programada, al caudillismo de derechas y al todo vale, amén del resentimiento de los que no admiten que un expresidente sea castigado, en su opinión, por los intereses partidistas de un Estado corrupto.

Una elección en la que los candidatos cuentan demasiado

En el *Gana Perú* de Ollanta Humala y en el *Fuerza 2011* de la posible dinastía japonesa de los Fujimori, lo que se aprecia, respectivamente, es un leve amago de ruptura con la continuidad y una interesada continuidad en el más puro continuismo en el caso de los Fujimori. Quién sabe si los peruanos han decidido, lo veremos el próximo 5 de junio, apostar con las menos hipotecas posibles por la construcción del Perú del siglo XXI en el caso de Ollanta Humala o de ajustar cuentas, también penales, en el caso de los Fujimori; eso sí, por paradójico que suene, continuando con la política económica y en su tanto social inaugurada por los gobiernos de Toledo y García.

El exmilitar y exgolpista Ollanta Humala, tachado de *alter ego* de Hugo Chávez e inclinado por carácter y profesión a reproducir al modo peruano parte de las políticas que están llevándose a cabo en Bolivia y Ecuador, ha sabido defenderse en campaña electoral de estas críticas.

Se ha alejado de Chávez y acercado a Lula y sobre todo se ha comprometido por medio de la publicación del llamado pacto electoral *Compromiso con el Perú* a gobernar constitucional y democráticamente, respetando al máximo el principio de no reelección, así como todos los compromisos internacionales firmados por los gobiernos anteriores.

Decíamos anteriormente que en el caso que el líder de *Gana Perú* encabece un futuro gobierno se producirá una alternancia pacífica en la que cabe, si es que se quieren consolidar y aumentar los beneficios de la riqueza generada por los dos últimos gobiernos y sustentarlos en el futuro sobre bases seguras, una necesaria política social que trate de aproximar a los peruanos de la costa, sierra y selva, acometiendo la construcción de un país más próspero y justo. Por otra parte, las políticas económicas y sociales del candidato de *Gana Perú*, sin salirse del regeneracionismo y de la buena administración, apuestan por una reforma tributaria, por la satisfacción de una deuda nacional y social con los mayores de sesenta y cinco años —el plan Pensión 65— y por una lenta recuperación en el mejor sentido pontificio de antaño de la justicia social. Algo que, al decir del exmilitar Homala, ninguno de los gobiernos anteriores han hecho. En suma, una política económica y social que le puede dar la dirección real del país. Nada más y nada menos.

Si triunfa la candidatura de Keiko Fujimori, cada vez más fuerte y con más posibilidades de ganar según los últimos sondeos de la opinión pública, se producirá una alternativa en la continuidad, que, amén de una posible excarcelación del expresidente Alberto Fujimori y de su máximo colaborador Wladimiro Montesinos, procurará proseguir las políticas económicas de los gobiernos anteriores, practicando, quizás, en vez de la propugnada justicia social de su contrincante un populismo atrabiliario, poco respetuoso con los derechos humanos, incapaz de mirar con confianza al futuro y de dar el pistoletazo de salida al gran y único Perú que por empuje, riqueza interior y legítimo deseo por aminorar su tradicional desigualdad es capaz de llegar a ser. El tiempo lo dirá. ■